

# ***Cuba: Entre la Ideología y el Pragmatismo***

**Andrés Serbín**

---

**Andrés Serbín:** Antropólogo y politólogo argentino. Actualmente es investigador asociado del Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad Central de Venezuela (UCV) y coordinador de investigaciones de la Escuela de Sociología y Antropología de la misma universidad.

---

La crisis desatada en el seno del gobierno de New Jewel Movement (NJM) de Granada en octubre de 1983, no sólo dio lugar a la ocupación militar de la isla por parte de fuerzas norteamericanas y del Caribe Oriental y la interrupción de una de las experiencias más significativas del llamado "socialismo caribeño", sino que contribuyó a profundizar las diferencias entre la política exterior cubana y la política exterior soviética en la región. En principio, la crisis interna en el seno de la NJM mostró, por un lado, una falla marcada en los servicios de inteligencia cubanos que fueron sorprendidos y superados por el desarrollo de los acontecimientos. Falla que le aparejó a Julián Torres Rizo, el embajador cubano en la isla, la imposición de severas medidas disciplinarias a su regreso - bajo custodia - a Cuba, por expresa decisión de Fidel Castro.

Pero, por otra parte, una falla similar no pareció afectar a la representación soviética en la isla, presuntamente a raíz de un más fluido contacto con el sector radical de Bernard Coard afirmado por los reiterados viajes de éste y de algunos de sus acólitos a la URSS, sin pasar por La Habana.

Asimismo, el involucramiento de los trabajadores cubanos del aeropuerto de Point Salines y el reducido contingente de asesores militares en la lucha contra las tropas de ocupación, junto con la firme posición de apoyo a Bishop asumida por el gobierno cubano desde un principio, no encontró su parangón en la condena más formal de la URSS a la invasión de la isla.

## **LAS SECUELAS DE GRANADA**

En los meses posteriores a estos acontecimientos, algunos otros hechos tendieron a confirmar la existencia de serias divergencias entre el gobierno cubano y el gobierno soviético con respecto a la crisis granadina. A raíz de una crítica acerba de Trevor Monroe, líder del Partido Comunista jamaicano - el Jamaica Worker's Party - a

la actitud cubana de apoyo a Bishop, se produjo una virtual división de los partidos de izquierda de la región, entre aquéllos que respaldaban la posición de Cuba, y aquéllos que, desde una perspectiva radical, cuestionaban su falta de apoyo a la fracción de Coard. Sólo algunos meses después, la actitud mediadora del People's Progressive Party de Guyana permitió, luego de una reunión de los partidos comunistas de la región (principalmente de las áreas anglófona y francófona, pero también con la presencia del Partido Comunista Cubano) subsanar algunas de estas divergencias.

Posteriormente, la inasistencia de Fidel Castro a la reunión cumbre del COMECON, en junio de 1984, fue interpretada por algunos medios occidentales como un eslabón más de la cadena de divergencias entre Cuba y la URSS, desplegada luego de la crisis granadina, cadena que incluyó un nuevo eslabón con la reciente ausencia del dirigente cubano al funeral de Chernenko.

Pero al margen de la profundidad de las divergencias entre Cuba y la URSS a raíz de los acontecimientos de Granada y de las interpretaciones a las cuales pudiera dar lugar en la prensa occidental, para Cuba la crisis engendró un cuadro de aislamiento regional fuertemente contrastante con su situación a finales de la década del setenta, reforzado por la política ofensiva de la administración Reagan en la Cuenca.

### **LA OFENSIVA DE PAZ**

En este contexto, el gobierno cubano desplegó una serie de movimientos tendientes a restablecer los canales de comunicación con el gobierno norteamericano y, eventualmente, dar lugar al desarrollo de tratativas sobre problemas específicos que permitieran estabilizar una situación de distensión regional. Las iniciativas en este sentido precedieron, sin embargo, a los acontecimientos en Granada en octubre de 1983, y se remontan a las conversaciones iniciadas con las administraciones norteamericanas de Ford y de Carter, pero cobran especial significado con la elección de Ronald Reagan a la presidencia de EEUU y con la implementación de una política de mayor hostilidad hacia Cuba, desde la perspectiva de la confrontación Este-Oeste y de sus efectos a nivel regional. Es así que entre 1981 y 1983, se suceden los intentos cubanos por establecer contactos con el gobierno norteamericano, en el marco de explícitas declaraciones de Fidel Castro de excluir el problema de las relaciones de EEUU-Cuba de la confrontación Este-Oeste.

Sin embargo, la crisis granadina pareció eliminar definitivamente la posibilidad de establecer un diálogo con la administración Reagan, particularmente luego del enfrentamiento armado entre cubanos y norteamericanos en la isla.

Pese a ello, la visita del precandidato demócrata Jesse Jackson a La Habana pareció dar lugar a un renovado esfuerzo de reflotar la política de diálogo con EEUU, seguida de la manifiesta disposición del gobierno cubano de reiniciar las conversaciones sobre el retorno de algunos emigrados a EEUU durante el éxodo de Mariel en abril de 1980.

En este marco, en agosto de 1984 Reagan admitió el inicio de conversaciones secretas con Cuba, fundamentalmente orientadas a resolver el problema del regreso de los "marielitos" involucrados en actos delictivos en los EEUU. Sin embargo, la percepción cubana de la persistencia de una ofensiva militar contra la isla no se diluyó, particularmente a raíz del desarrollo de la crisis centroamericana y de las presiones norteamericanas contra el gobierno sandinista de Nicaragua. De tal manera que Cuba intensificó la campaña de denuncia de la amenaza militar, paralelamente al desarrollo de una estrategia que pudiera contrapesarla y contenerla en el nivel internacional, que culminó con la visita de Willy Brandt a La Habana en octubre de 1984, seguidos de acuerdos comerciales con Gran Bretaña y España y de reiteradas declaraciones de apoyo a la iniciativa del Grupo Contadora.

En los primeros meses de 1985, la visita de obispos católicos y de dirigentes protestantes norteamericanos fue vista como otra de las medidas tendientes a reforzar la disposición de Cuba a abrir canales de comunicación con EEUU, refrendada por nuevas declaraciones acerca de la disposición de retirar asesores cubanos de Nicaragua, a raíz de las conversaciones del presidente nicaragüense Daniel Ortega con el Secretario de Estado George Schultz, durante la toma de posición del presidente uruguayo Sanguinetti.

En su conjunto, este panorama perfiló una abierta disposición del gobierno cubano de entablar un diálogo con EEUU y, en este marco, de apuntalar las iniciativas de paz en la región, particularmente la iniciada por el Grupo Contadora. Sin embargo, junto con las situaciones inicialmente esbozadas en relación con el surgimiento de divergencias con la URSS, como consecuencia de la crisis granadina, abren una serie de interrogantes que muchos analistas tienden a responder de la manera más epidérmica. Las principales preguntas en el tapete, en el marco de los hitos anteriormente señalados, apuntan a preguntar si esta evolución de la política exterior de Cuba augura efectivamente un distanciamiento de la URSS y la disposición, a

largo plazo, de un acercamiento a la esfera de influencia de EEUU, como algunos analistas comienzan a pronosticar. Sin embargo, una respuesta tentativa a esta pregunta requiere de un análisis más acabado de una serie de factores en juego que trataremos de esbozar brevemente.

### **ENTRE LA IDEOLOGÍA Y EL REALISMO**

En primer lugar, se hace necesario caracterizar los vínculos existentes entre Cuba y la URSS y su efectiva incidencia sobre la política exterior cubana. Desde 1961, las relaciones de Cuba con la URSS y las eventuales coincidencias en sus respectivas políticas exteriores, presentaron diferentes matices y algunos altibajos característicos que permiten hablar de varias fases en la evolución de la política exterior cubana.

Hasta 1968, las divergencias giraron en torno a las diferencias del gobierno cubano con los partidos comunistas latinoamericanos y a su apoyo a los movimientos guerrilleros en el continente, en contraste con la línea propugnada por la URSS de consolidar a los partidos comunistas locales y de propiciar una política gradualista de transformaciones políticas.

Posteriormente, y en especial a raíz de las dificultades sufridas por la economía cubana, que culminó en una planificación económica con graves fallas, la asistencia económica soviética impuso una mayor coincidencia en la política exterior de ambos países en el Tercer Mundo y abrió las puertas para la incorporación de Cuba al COMECON. En el marco de esta nueva fase de la política exterior cubana, en la década del setenta Cuba incrementó su proyección en el Tercer Mundo, inició una etapa de consolidación de vínculos regionales con los gobiernos caribeños y latinoamericanos de orientación populista y nacionalista y, mediada la década, desplegó reiterados esfuerzos de establecer canales de comunicación con el gobierno norteamericano. Estos esfuerzos persistieron pese a las rupturas impuestas por su involucramiento militar en Angola en 1975-1976, y en Etiopía en 1977.

En este marco, de acuerdo a algunos analistas, se perfilan tres líneas en la política exterior cubana, representativas de tres sectores: una tendencia pragmática centrada en lo económico y asociada al actual vicepresidente Carlos Rafael Rodríguez y al grupo proveniente del PSP (Partido Socialista Popular, hoy Partido Comunista de Cuba); una tendencia militarista vinculada a Raúl Castro y a las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) y una tendencia de perfiles más ideológicos y políticos centrada en torno al apoyo de los procesos revolucionarios y a la consolidación de

vínculos políticos con el Tercer Mundo, asociada a Fidel Castro. La primera de las tendencias enfatizó la necesidad de negociar nuevos acuerdos comerciales con países del bloque occidental, en busca de inversiones y de tecnología y como una forma de contrabalancear la estrecha vinculación económica con la URSS. La segunda, particularmente reforzada luego de los éxitos militares en Angola y Etiopía y de la consolidación profesional de las FAR, subrayó el papel de las misiones militares cubanas en la proyección de la política exterior, mientras que la tercera, encabezada por Fidel Castro, subrayó los componentes ideológicos y políticos de la lucha contra el imperialismo y de la unidad latinoamericana y tercermundista en el enfrentamiento con los EEUU<sup>1</sup>.

En la década del setenta, las dos últimas tendencias cobraron una mayor predominancia en la formulación de la política exterior cubana, reforzadas por una coincidencia general con los objetivos de la política exterior de la URSS en el Tercer Mundo, pero también marcadas en alguna medida por un margen de autonomía del accionar cubano y por su énfasis en la solidaridad internacional con los procesos revolucionarios. En este marco, asimismo, la asistencia soviética posibilitó subsanar las principales brechas del modelo de desarrollo económico cubano, no sólo al proveer, en el campo militar, la ayuda necesaria para el desarrollo de sus fuerzas armadas, sino también a través de la compra de níquel y de azúcar a un precio fijo establecido al margen de los vaivenes del mercado internacional, y del suministro subsidiado de petróleo, junto con otros acuerdos comerciales. Como ilustra Silvia Pérez, funcionaria del Departamento de Relaciones Exteriores del Comité Central del Partido Comunista Cubano, simultáneamente a estas favorables relaciones comerciales establecidas con la URSS, la asistencia técnica y económica proporcionada a Cuba por este país, sólo entre 1960 y 1972 se multiplicó en más de diez veces. Asimismo, desde el punto de vista financiero, el crédito económico típico de la URSS supuso en todos los casos un pago aplazado del 100% de su importe, con un plazo de amortización de 12 años y una tasa de interés que no excedía el 4%<sup>2</sup>. Por otra parte, los acuerdos concretados entre el Estado soviético y el Estado cubano posibilitaron un margen de estabilidad y de previsión económica básica para el desarrollo de una economía planificada, cada vez más identificada con el modelo soviético, sin contar la substancial asistencia militar que convirtió a las fuerzas armadas cubanas en las más importantes de la Cuenca.

---

<sup>1</sup>González, Edward: "Institutionalization, political Elites, and Foreign Policies"; Blasier, Cole y Mesa-Lago, Carmelo (eds.): Cuba in the World, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1979.

<sup>2</sup>Pérez, Silvia: "La participación de Cuba en la comunidad socialista y su ejemplo para el Tercer Mundo", en Tokatlian, J. (comp.): Cuba-Estados Unidos: dos enfoques, CEREC, Bogotá 1984, pp. 111-126.

De hecho, y sin profundizar en algunos otros aspectos esenciales en juego, debemos señalar que sobre la actual evolución de la política exterior cubana en la región inciden los siguientes factores:

En primer lugar, desde el punto de vista económico, los vínculos con la URSS, pese a la ausencia de Fidel a la reunión cumbre del COMECON, no han sido puestos en cuestión en ningún momento y más bien tienden a ser reforzados. Sin embargo, este cuadro se articula con la manifiesta necesidad de establecer vínculos con países del bloque occidental en busca de capitales y de tecnologías que la URSS no puede proveer, pero que no antagonizan con los intereses del Estado soviético, particularmente bajo la nueva administración Gorbachev y luego del espaldarazo soviético dado a las reformas económicas en Hungría. Desde esta perspectiva, particularmente en el caso de Cuba que resulta una singular carga económica para la URSS, la diversificación de sus relaciones económicas no amenaza el nexo económico fundamental establecido con ella, pero abre la posibilidad de una disminución de los costos, sin cuestionar las coincidencias ideológicas entre ambos Estados.

En segundo lugar, la experiencia de Granada ha demostrado a Cuba dos cosas, desde el punto de vista estratégico y militar: por un lado, la no-coincidencia de los objetivos de su política exterior a nivel regional con los objetivos de la URSS, en función de su diferente proyección geopolítica, y por otro, las limitaciones existentes para enfrentarse a EEUU sin la cobertura del apoyo soviético. En este sentido, el enfoque globalista de la política exterior soviética - paralelizable con su contraparte norteamericana en el énfasis en la confrontación entre los bloques mundiales - contrasta con la perspectiva regional de la política cubana, preocupada por consolidar un cuadro de alianzas a nivel hemisférico que rompa con su aislamiento y que consolide su situación regional, perspectiva que en esencia pone un mayor énfasis en las relaciones Norte-Sur que en la confrontación Este-Oeste. En este contexto se enmarca la actitud diferencial frente a los acontecimientos de Granada, que para Cuba significaron la eliminación de un aliado importante en el nivel regional y de un punto de apoyo de su proyección en el Caribe anglófono, mientras que para la URSS representó un movimiento más en la partida global de su enfrentamiento con EEUU, distraendo las fuerzas norteamericanas de otros focos conflictivos en el nivel internacional y abriendo la posibilidad de equiparar, a los ojos de la opinión mundial, la intervención en Granada con su propia situación en Afganistán.

Asimismo, la crisis de Granada mostró a Cuba que sin el apoyo militar soviético - evidentemente puesto en cuestión para cualquier forma de involucramiento directo en el hemisferio - las posibilidades de un enfrentamiento con los EEUU no exce-

dían de una defensa de su propio territorio y no se extendían a un apoyo efectivo a Granada o, en el futuro, a Nicaragua. De hecho, los acontecimientos de Granada demostraron que la Cuenca no era equiparable, a los ojos norteamericanos y en función de estrategia desarrollada por la administración Reagan, al Africa subsahariana, limando las expectativas desplegadas del sector militarista de las FAR. Es en este contexto que se ubican las recomendaciones moderadoras al gobierno sandinista y la disposición de distender los focos de tensión que puedan dar lugar a un enfrentamiento armado tanto en Centroamérica como en el Caribe insular.

En tercer lugar, desde el punto de vista geopolítico, las posibilidades de supervivencia regional de Cuba, en el contexto cambiante del escenario internacional, pasan no sólo por la consolidación de vínculos con los países del hemisferio en el marco de la unidad latinoamericana y del énfasis en la perspectiva Norte-Sur, sino también en el establecimiento de un statu quo en las relaciones con EEUU que eliminen las amenazas de una intervención militar o de un involucramiento bélico en alguno de los conflictos que puedan eclosionar en el área. Es en esta perspectiva que coinciden los objetivos económicos de dar lugar a una apertura al establecimiento de vínculos con los países industrializados de Occidente y los Estados latinoamericanos, con los objetivos políticos de iniciar un diálogo orientado a distender la situación regional y a eliminar la eventualidad de un conflicto, propendiendo a la estabilización definitiva de Cuba como un actor regional reconocido. En este contexto se enmarca la ofensiva de paz que articula tanto el restablecimiento de la comunicación y de las negociaciones con EEUU, como el apoyo a la iniciativa del grupo Contadora.

Este análisis, sin embargo, no termina de responder al interrogante planteado. De hecho, ninguno de los factores en juego ni de las situaciones descritas ponen en cuestión los objetivos ideológicos del proceso revolucionario cubano y sólo nos permite concluir que la ofensiva de paz cubana apunta a distender, a corto y mediano plazo, el cuadro regional, sin que esto implique modificaciones substanciales en sus relaciones con la URSS o en el modelo de desarrollo económico implementado en la isla. En última instancia, sólo permite señalar un perfil más decantado de su política exterior en el nivel regional y, como consecuencia, una moderación en los objetivos ideológicos de esta política que se articulan a una visión más pragmática y realista de su situación en el hemisferio.

Obviamente y para concluir, la evolución de esta visión no sólo está condicionada por los objetivos fundamentales del gobierno cubano, sino también por la respues-

ta de EEUU y por el grado de receptividad que a esta política demuestren los gobiernos caribeños y latinoamericanos.

### **Referencias**

- \*González, Edward, CUBA IN THE WORLD. - Pittsburg, USA, University of Pittsburgh Press. 1979; Blasier, Cole; Mesa-Lago, Carmelo -- Institutionalization, Political Elites, and Foreign Policies.
- \*Pérez, Silvia, CUBA-ESTADOS UNIDOS: DOS ENFOQUES. p111-126 - Bogotá, Colombia, CEREC. 1984; Tokatlian, J. -- La participación de Cuba en la comunidad socialista y su ejemplo para el Tercer Mundo.